

Pero antes de que Alicia pudiera contestar oyóse el estrepitoso batir de los tambores. De dónde procedían aquellos redobles ensordecedores es cosa que no pudo descubrir. El aire parecía estar lleno de sus ruidos y resonaban por todas partes hasta enloquecerla. Levantóse, y llena de terror, saltó el arroyo; antes de caer

* * * * *

de rodillas se tapó los oídos para librarse de aquel estruendo terrible, pero apenas si tuvo tiempo de ver que el león y el unicornio se pusieron de pie, con los ojos inflamados de cólera, al verse interrumpidos en pleno festín.

—Si *eso* no es cuando los obligan a escapar corriendo — pensó la niña — no he visto cosa igual.

CAPÍTULO VIII ES INVENTO MIO

El aboroto fué extinguiéndose poco a poco, y la campiña quedó sumida en un absoluto silencio. Alicia, alarmada, levantó la cabeza. No vió a nadie, y su primer pensamiento fué que el león, el unicornio y aquellos extravagantes mensajeros anglosajones no habían sido más que un sueño. Sin embargo, la gran bandeja que contuviera la torta de manzanas, a la que tantas veces intentara cortar, yacía junto a ella, atestiguando lo contrario.



—¡No es sueño, pues! — díjanos que... que... sea yo un sueño... espero que sea *mi* sueño, y no me gusta pertenecer al sueño de nadie con tono plañidero —. Me dan ganas de saber lo que ha sucedido.

En estos momentos sus reflexiones se interrumpieron por los gritos de: «¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!», y un caballero, ataviado